

La revolución invisible de Jorge Gaitán Durán y la tradición del ensayo en Colombia

Hernando Urriago Benítez*
Universidad del Valle

*Primera versión recibida: 10 de noviembre de 2004; versión final aceptada:
17 de enero de 2005 (Eds.)*

Resumen: El presente artículo examina el campo intelectual de mitad de siglo XX en Colombia desde la perspectiva del ensayo, género en el que sobresale Jorge Gaitán Durán con el ensayo de interpretación política *La revolución invisible*; trabajo de indiscutible vigencia dentro de la tradición del género en Colombia; tradición que aún espera estudios juiciosos de parte de nuestra crítica literaria.

Descriptor: Gaitán Durán, Jorge; *La revolución invisible*; ensayo y tradición política.

Abstract: The present article examines the intellectual field in the half 20th century in Colombia from the perspective of the essay, genre in which Jorge Gaitán Durán stands out with his work on political interpretation: *The invisible revolution*. This piece of work is of unquestionable validity within the tradition of this literary genre in Colombia; tradition that is still waiting for more serious studies from the literary critics of our country.

Key words: Gaitán Durán, Jorge; *The invisible revolution*; essay and political tradition.

* Cali, Colombia. Estudiante de la Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana, Universidad del Valle, donde es Profesor de Tiempo Completo de la Escuela de Estudios Literarios. Este trabajo pertenece a una investigación acerca de historiografía ensayística en Colombia.

Introducción

El punto de partida de la reflexión sobre *La revolución invisible*,¹ de Jorge Gaitán Durán (1924-1962), y su relación con la tradición del ensayo en Colombia, supone al menos dos consideraciones preliminares: por un lado, el reconocimiento del ensayo como expresión literaria de no ficción que desde los siglos XVII y XVIII ha impulsado junto a la poesía y a la narrativa, y con mayores o menores inflexiones de época, la formación y la consolidación de los campos literarios e intelectuales en Colombia; por el otro, la actualización de *La revolución invisible* como un ensayo de interpretación que es el resultado de la toma de posición intelectual caracterizada por una actitud lúcida (Carranza, 1990, 143-153) frente a un campo práctico marcado, en lo universal, por el fin de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría y, en lo particular, por la ‘Hegemonía’ conservadora, la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, así como por la formación del Frente Nacional y la coyuntura de la violencia social y política colombiana, todo ello entre las décadas del 40 y 50 del siglo pasado.

Fue precisamente en este contexto que Jorge Gaitán Durán (en adelante JGD) participó desde su múltiple oficio de poeta, ensayista y crítico de cine en las acciones que definieron el espíritu de un grupo de escritores y de pensadores universalizantes que tras haber tenido experiencias histórico-culturales similares, se asociaron en torno a la revista *Mito*, que entre 1955 y 1962 implicó la “toma de conciencia del intelectual tradicional y joven colombiano de que algo tenía que cambiar, de que había que transformar la conducta social, cultural y política del país” (Romero, 1985, 108).

De alguna manera, como ensayo, *La revolución invisible* representa el punto culminante del proyecto ideológico de *Mito*, que a razón de Alfonso López Michelsen consistió en “revaluar la cultura colombiana actualizándola” (Valencia Goelkel et al., 1990, 104) y, diríamos, dialogar desde la libertad de expresión y el compromiso intelectual con la gran cultura universal que forjó la literatura y el pensamiento modernos. Por ello, cuando en su texto JGD proclama ser heredero de Marx, Freud, Sartre; Machado, Lukács, Lefebvre y Kubrick, a la vez que ser representante de un humanis-

1 Jorge Gaitán Durán. *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia*. Bogotá: Tierra Firme, 1959. Seguimos la edición contenida en la recopilación que de la obra poética y prosística de Gaitán Durán hizo Pedro Gómez Valderrama en *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975, 315-380.

mo paradójal,² está inscribiéndose como voz modernizadora y disidente dentro de un contexto que, como vimos, imponía razones de Estado, de orden hegemónicas frente a las cuales al intelectual no le quedaba otra salida que la subordinación a los partidos tradicionales (Urrego, 2002, 25), el conservador y el liberal, agrupados en el Frente Civil, uno de los ejes problemáticos del ensayo de JGD.

En este sentido, referirse a la significación de *La revolución invisible* dentro de la tradición del ensayo en Colombia obliga también a una revisión de esa tradición, sobre todo porque a razón de algunos, el ensayo en el país ha sido tierra de nadie, un género menor, obra provisional de aficionados a la crítica o, en contraposición, un riguroso ejercicio académico más cercano al tratado que a la tentativa ensayística. ¿Será que en realidad en nuestro medio funciona aquello del ensayo como “un curioso entretenimiento para tres o cuatro personajes en un siglo” (Vélez, 2000, 43-60)? ¿Es JGD uno de los expositores de esa tríada libre pensadora?

Como veremos, alrededor del libro del que nos ocupamos surgieron otros textos ensayísticos, particularmente de la mano de la revista *Mito*, que a la postre actuaría como acto fundacional de un campo literario e intelectual que desde entonces fue sinónimo de modernización literaria en Colombia. En medio de una cultura academicista, elitista y retórica, sustentada por largo tiempo en las figuras emblemáticas de Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, el hecho de que surgiera el ensayo como “género de revista” (Cobo Borda y Ruiz, 1976, 11) —algo que el juicio de Vélez soslaya— postuló en nuestro medio el talante transhumante propio de la tradición de Montaigne, ya que como bien anotan Cobo Borda y Ruiz:

En torno a las revistas crece y se ramifica el espíritu de aventura; se agudiza la crítica, se multiplican los puntos de vista. Si hay diferentes perspectivas hay escepticismo; si hay escepticismo hay progreso. La revista, por su misma naturaleza es alérgica a las doctrinas establecidas. Vive del pluralismo; muere de las creencias unilaterales (Cobo Borda y Ruiz, 12).

2 “Sentimos en carne viva la fascinación del pensamiento y del arte de este tiempo que gritan con desesperanza la indigencia del hombre frente a una Historia implacable y a la vez creemos firmemente que podemos reformar el mundo” (Gaitán Durán, 318).

En una década turbulenta, a lo largo de la cual afloraron la desesperanza y la crítica, *Mito* y *La revolución invisible* representaron, quizá por primera vez en Colombia, la toma de conciencia clara e independiente del intelectual dentro del panorama de nuestras letras, anquilosadas en medio de aquellas “creencias unilaterales” sustentadas en la conservatismo y el clericalismo. En contravía, *Mito* pareció decir que ya no se trataba de subordinarse a un credo político, sino de “crear nuevos medios de difusión del pensamiento y responder críticamente al modelo cultural emanado de la Regeneración” (Urrego, 2002, 123). Este fue el móvil de JGD y de muchos de sus contemporáneos; lo que vino luego no fue más que la continuación de una tradición que aquellos actos editoriales iluminaron o fundaron gracias al compromiso con el oficio de la escritura, el profesionalismo y la responsabilidad ética y estética alentados a través de ese “llamado a la civilización, a la convivencia, dentro de los marcos de una revolución pacífica, ‘invisible’” (Romero, 108), como la definiría el autor de *Si mañana despierto*, fallecido en la pista del aeropuerto de Point-à-Pitre el 22 de junio de 1962, en pleno fervor de su vocación literaria.

La tradición del ensayo en la formación del campo intelectual de mitad del siglo XX en Colombia: el caso de *La revolución invisible*, de Jorge Gaitán Durán

América Latina es un continente de ensayistas. Al menos esta es la conclusión a la que se llega luego de un examen sobre el comportamiento de los géneros literarios —entre ellos el ensayo— en esta parte del mundo. Exponentes como Domingo Faustino Sarmiento, Euclides da Cunha, Alfonso Reyes —quien propuso al ensayo como el “centauro de los géneros”, híbrido de ciencia y literatura—, José Enrique Rodó, José Carlos Mariátegui, Ezequiel Martínez Estrada, José Vasconcelos y Fernando Ortiz, al igual que los poetas y novelistas Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa, entre otros, se han situado en el ensayo para “expresar un mensaje perentorio con mayor impacto inmediato de lo que pudiera tener en una obra de ficción o de poesía” (Skirius, 1994, 28). Y esto se debe, sobre todo, a que el ensayo es no sólo el género literario de la Modernidad³

3 Léase para esto la “Introducción” de María Dolores Picazo y Almudena Montojo a Michel de Montaigne. *Ensayos I*. Barcelona: Altaya, 1994, 11. Los *Ensayos* de Montaigne, para estas autoras, constituyen uno de “los evangelios de la espiritualidad moderna”.

sino que es una “creación de una persona que escribe ‘con todo su mundo’, es decir, capaz de mostrar su relación *real* con él” (Torres Duque. 1998, XVIII). Nada más honesto, pues, ni más perdurable, entonces, que el género en cuestión para la expresión de América Latina, espacio mixturado como el ensayo, “mestizaje literario de información verdadera e inspiración poética” (Skirius, 10). Y bien dicen Cobo Borda y Ruiz acerca del ensayo en nuestro continente:

Desde Sarmiento hasta Rodó y Mariátegui, el ensayo no ha podido sustraerse a las sollicitaciones ni del panfleto, ni de la exaltación lírica, ni de la aventura dialéctica. Género proteiforme, su estructura cambiante se amolda a una historia que se hace a saltos, que progresa e involucre, y a una sociedad en donde la anomia es ley (Cobo Borda y Ruiz, 1976).

En este marco de referencia, Colombia, que la tradición popular define como “país de poetas”, también tiene su cuota de responsabilidad literaria respecto al género. Según Torres Duque, la tradición del ensayo entre nosotros comienza en el país con los prosistas españoles y criollos, así como con los sacerdotes que surgieron en la Nueva Granada. Esto ha quedado consignado en dos textos fundamentales: *La historia de la literatura en la Nueva Granada*, de José María Vergara y Vergara, y *Los géneros ensayísticos en el siglo XVIII*, de Pedro Aullón de Haro.

Tras la Colonia llegó la Independencia. En medio de la revuelta criolla incurrieron en el ensayo Pedro Fermín de Vargas, Manuel del Socorro Rodríguez —quien fue fundamental dentro del campo cultural con su *Papel Periódico Ilustrado*—, Francisco José de Caldas, Antonio Nariño y el mismo Simón Bolívar, sobre todo con su *Carta de Jamaica*. Posteriormente, el discurso ideologizante de Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, José Eusebio Caro, Florentino González, Tomás Cipriano de Mosquera y Sergio Arboleda acompañó a las tentativas literarias de Manuel Ancizar, Medardo Rivas y José María Vergara y Vergara, actor de un campo intelectual alentado por el periódico *El Mosaico*.

En medio de la consolidación de la República surgió la figura emblemática del ensayo y de la crítica moderna en Colombia: Baldomero Sanín Cano (1861-1957), de cuyo magisterio intelectual serían testigos el fin del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Como anota David Jiménez Panesso, el autor de *La civilización manual* “representa la mentalidad se-

cular por excelencia en el pensamiento colombiano” (Jiménez Panesso, 1992, 100), esto es, aquella que asumió el papel modernizador desde la polémica y la problematización del discurso axiológico del estar⁴ —actitud deconstructiva primordial del ensayo—, pues Sanín Cano, como lo harán más tarde los escritores agrupados alrededor de *Mito*, especialmente JGD, se lanza en ristre “en contra de las más obstinadas tradiciones: nacionalismo, hispanismo, gramaticalismo” (Jiménez Panesso, 119).

Visto en la distancia, dos cosas, por lo menos, debió de legar Sanín Cano a *Mito*, aparte de su vocación modernizadora: por un lado, su actitud pedagógica, cuando “reelabora lo que lee, lo incorpora al movimiento interior de sus propias inquietudes y lo transforma en algo original y vivo, proyectándolo sobre un nuevo contexto de preguntas y de búsquedas” (Jiménez Panesso, 123); por el otro, su ética ensayística, cuando enarbola “su lección de honestidad, de libertad intelectual, de responsabilidad”. No en vano el credo de *Mito* consistirá en recuperar la misma noción de compromiso y de responsabilidad intelectual en tanto que “las palabras están en situación” frente al dogmatismo, el sectarismo y el sistema de prejuicios imperante en la nación que alguna vez tuvo en su capital a la “Atenas suramericana”.

La trayectoria del ensayo recorrida por Sanín Cano fue la misma que emprendieron, desde sus puntos de vista encontrados o antagónicos, Maximiliano Grillo, Diego Uribe, Carlos Arturo Torres y los escritores del llamado “renacimiento greco-caldense”: Aquilino Villegas, Augusto Ramírez Moreno, Silvio Villegas y Gilberto Alzate Avendaño. Estos y Sanín Cano, al igual que muchos otros, convergieron en las revistas *Gris*, *Contemporánea*, *Trofeos*, *Voces*, *El Nuevo Tiempo Literario*, *Pan*, *Sábado* y en dos publicaciones de enorme importancia por su repercusión frente a *Mito*: *Revista de América* y *Revista de las Indias*, en las que brilló Germán Arciniegas, otro de los grandes en la tradición del ensayo en Colombia.

Tanto la *Revista de América* como la *Revista de las Indias* son claros antecedentes de *Mito*. Al lado de ellas hay que alinear a la revista *Crítica*, dirigida en su momento por Jorge Zalamea y en la que colaboraron Sanín

4 “Las reflexiones codificadas en el ensayo se generan en la confrontación de dos sistemas, a la vez antagónicos y dependientes entre sí: el discurso axiológico del estar (valores que dominan y diferencian a la vez una época de otra), y el discurso axiológico del ser (la conciencia del autor de su historicidad, de estar viviendo ante un horizonte de posibilidades que modelan su libertad)” (Gómez-Martínez, 1992, 33-36).

Cano y Hernando Téllez. Es curioso pero tanto aquélla como ésta sucumbieron entre 1950 y 1951, años de la instauración de la 'Hegemonía' conservadora a manos de Mariano Ospina Pérez y de Laureano Gómez, quien desapareció a la *Revista de Indias*, sometió a la publicación de Zalamea a la censura, y, a cambio, patrocinó la revista *Bolívar*, a la cabeza del poeta Rafael Maya. Cuando llegó Gustavo Rojas Pinilla al poder en 1953 —un año después de que Arciniégas publicara su libro de ensayo *Entre la libertad y el miedo*, en clara alusión al régimen del terror sembrado por el fascismo aclimatado de Gómez—, las revistas de la Hegemonía conservadora eran *Hojas de cultura popular colombiana*, que publicaba ensayos de rancia estirpe hispanista, lejos del contexto real del país, y *Prometeo*, que bajo la dirección de Belisario Betancur y Diego Tovar Concha representaba el ideario de Laureano Gómez.

La defensa del conservatismo, del catolicismo, del hispanismo y de otras tradiciones de la cultura adelantada por *Prometeo*, halló en las revistas *Tierra Firme* y *Mito* a sus más aguerridas competencias (Urrego, 2002). Frente a la exaltación de la perspectiva conservadora y feligrés, estas publicaciones apostaban por primera vez en Colombia a una mirada crítica hacia fuera que en últimas garantizó no sólo la consolidación de la modernización de nuestro pensamiento letrado gracias al ensayo, sino también la posibilidad de entablar un diálogo lúcido y autónomo con el mundo de la cultura de Occidente. Lo que sucedió en los años 50 respecto al papel de las revistas y del ensayo en Colombia está explicado así por Miguel Ángel Urrego:

Lo que se percibe en esta década es una ruptura con la manera como se establecía contacto con lo universal. En décadas anteriores el vínculo existía, pero aparecía más como un privilegio de pocos, relacionado con el mito del hombre culto. En los años cincuenta las revistas buscan claramente la difusión del pensamiento universal, su popularización, pero con la perspectiva de una aplicación de esos nuevos métodos y saberes a la reflexión de la situación nacional. El primer paso fue la difusión de dicho pensamiento a través de la traducción y luego su publicación en editoriales nacionales. Tal dinámica cobró toda su plenitud en los años sesenta, cuando se produjo una verdadera ruptura intelectual con el tutelaje del bipartidismo (Urrego, 2002).

Todo ello y mucho más será *Mito*, que movilizará con su ideario y proyección la escritura del ensayo *La revolución invisible*. Desde su apari-

ción en 1955 bajo la dirección de Hernando Valencia Goelkel y JGD, *Mito* significó el surgimiento de un nuevo campo cultural atravesado por una toma de posición dentro del espacio de los posibles en el estado del campo del poder (Bourdieu, 1995, 340-346) en la Colombia de los años 50, cuando se acababa de evocar a Jorge Eliécer Gaitán y al Bogotazo, y se habló de “pájaros” y “bandoleros”, de la dictadura civil de Laureano Gómez y de la dictadura militar de Rojas Pinilla, de la Violencia y del Frente Civil o Nacional.

Al mismo tiempo, durante esta época el país también presenció la llegada de nuevas corrientes de pensamiento —conocidas peyorativamente como ‘ideas foráneas’—, a la vez que experimentó el desplazamiento del campesinado y la consecuente expansión de las ciudades, así como la reducción del analfabetismo y una relativa industrialización en el ámbito económico.

En el estado del campo del poder, los intelectuales de *Mito* hallarán en el ensayo, particularmente, un primer espacio de reflexión y de toma de partido respecto a la difícil coyuntura de La Violencia, cuya dinámica en general llevó a Colombia a “una transformación del tipo de intelectual predominante” (Urrego, 2002, 116); metamorfosis que halló en el grupo de *Mito*, específicamente en JGD, a su más acabado prototipo.

Con un comité patrocinador integrado por intelectuales modernos como Luis Cardoza y Aragón, Carlos Drummond de Andrade, Alfonso Reyes y Octavio Paz, la revista tomó posición frente al aislamiento cultural del país, rechazó el apelativo de ‘ideas foráneas’ para el marxismo, el psicoanálisis y el existencialismo, y abrió un amplio espacio para el diálogo y la libertad de pensamiento. En este sentido, *Mito* tuvo frentes de acción fundamentales: la expresión amplia de la literatura colombiana, latinoamericana y universal de vanguardia; la traducción de autores modernos como Bertold Brecht, Martin Heidegger, Jean Paul Sartre, Vladimir Nabokov, André Malraux y George Bataille; la revelación de algunos rasgos de la cotidianidad colombiana, a caballo entre la pre-modernidad y la modernización, mediante crónicas como “Un juez rural en Guataqué”, “Historia de un matrimonio campesino”, “El drama de las cárceles en Colombia”, “Historia clínica de un homosexual”, entre otros; y la crítica de arte desde la plástica y el cine.

En torno a esta crítica de la cultura a través del ensayo como primer espacio de reflexión y de la poesía y la narrativa como campos donde es

posible transponer metafóricamente la realidad participaron no sólo Valencia Goelkel y JGD, sino también Eduardo Cote Lamus, Pedro Gómez Valderrama, Fernando Charry Lara, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Enrique Buenaventura, Arturo Echeverri Mejía, Manuel Mejía Vallejo, Indalecio Liévano Aguirre, Luis Eduardo Nieto Arteta y Darío Mesa, quien en 1957 publicó —bajo el auspicio de Ediciones Mito— el ensayo *Treinta años de historia en Colombia (1925-1955)*. Estos escritores (cada uno en su momento y a su modo) estuvieron motivados por la ideología propia del intelectual moderno en el nuevo campo cultural que *Mito* postuló, pues más que una revista, la publicación constituyó una “línea de acción que de una u otra forma incidirá sobre la República” (Romero, 1985,120); línea de acción que en el caso de JGD había iniciado en las instalaciones de la Radiodifusora Nacional el 9 de abril de 1948, cuando en compañía de Jorge Zalamea había proclamado su liberalismo de izquierda, al tiempo que con su aliado en la revuelta intentaba:

infatigablemente dirigir al pueblo hacia los lugares de lucha, donde se jugaba la suerte del país, y apartarlo de todo atentado contra los individuos o contra los establecimientos, pudieron más nuestras voces, perdidas en esa confusión terrible, la miseria y la ignorancia de nuestro pueblo, siempre desesperado y ese día además injustamente colérico (Valencia Goelkel et al., 266).

Casi diez años después, en Colombia al intelectual con conciencia de época, viviendo bajo el fulgor de la Revolución Cubana, la ruptura Chino-Soviética y demás, le quedaban dos opciones para ejercer su praxis política: adherir al partido comunista o vincularse al MRL, Movimiento Revolucionario Liberal al que JGD llegó en 1960. Comandado por Alfonso López Michelsen, el MRL:

representaba una tendencia de pensamiento modernizante, que expresaba la influencia de las corrientes intelectuales más activas de la Europa de postguerra, y estimuló el rápido proceso de transformación cultural que sufrió el país durante los años del Frente Nacional, después de la época más tradicionalista y autoritaria que lo había precedido (Tirado Mejía, 1990, 11).

Alrededor del MRL orbitaron muchos de los políticos e intelectuales que definirían el accionar del campo de poder y del campo cultural en Colombia durante tres décadas. Aparte de que por él como ente político y

por su órgano de expresión ideológica pasaron personalidades contradictorias como Gerardo Molina, Jorge Child, Eduardo Umaña Luna, Héctor Abad Gómez, también desde sus tribunas editoriales logró acrecentarse la tradición del ensayo en Colombia. En las publicaciones que precedieron al semanario *La Calle* —representativo del Movimiento— escribieron intelectuales y profesores vinculados a la Universidad Nacional y a la Universidad Libre; algunos de ellos dieron sustento ensayístico incluso a *Mito* y a *La Nueva Prensa*, revista fundada por Alberto Zalamea y en la que Indalecio Liévano Aguirre publicó por entregas el ensayo “Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia”.

La importancia que reviste el MRL para la tradición del ensayo en Colombia descansa, además, en el hecho de que a través del semanario *La Calle*, JGD dio a conocer muchos de los textos que luego dieron cuerpo a *La revolución invisible*, ensayo publicado íntegramente en ediciones de la *Revista Tierra Firme*. Culminaban los años 50, ya había caído Rojas Pinilla y gobernaba en el país Alberto Lleras Camargo, primer presidente del Frente Nacional.

JGD escribió su texto entre mayo y diciembre de 1958. Ya en las “Notas preliminares” el autor manifiesta que lo que el lector tiene entre manos no es propiamente un ensayo sino una “tentativa de estudio político” que tiene anclaje en un campo práctico específico: por un lado, la transición de la Junta Militar que sucedió a Rojas Pinilla al gobierno civil, momento crucial en el que los colombianos se han integrado en una “historia singularmente tensa, vertiginosa, diversa” (JGD, 317); por el otro, la transición económica que se vive en Colombia del feudalismo al capitalismo, situación así mismo histórica que implica la búsqueda de una nueva política modernizadora por vía de la reforma agraria y de la industrialización que estaría en manos del presidente y de la burguesía. No obstante, JGD funda una mirada desesperanzada al evaluar ambos factores, específicamente al Ejecutivo, que al fin y al cabo representa el llamado “fracaso de los partidos” que significaba ya el ‘Acuerdo’ o ‘Frente’. Para el autor, éste carece de contenido ideológico, social y económico; es una repartición mecánica de la burocracia; traduce la asfixia de un Gobierno maniatado por “compromisos insensatos”; y está representado por la anomia crítica de la “poderosa y patriarcal prensa”, que en su concepto jamás ha ilustrado a las masas sobre los grandes problemas nacionales. Además, JGD afirma que el comunismo —que hubiera podido constituirse en una alternativa frente

a la yunta entre el conservatismo y el liberalismo— no es una salida por ser “dogmático y débil” (JGD, 318).

La revolución invisible se plantea de entrada como una revisión histórica de la realidad colombiana y como la tentativa de un proyecto modernizador que estaría en manos de la burguesía y el proletariado, clases encargadas en su alianza de la industrialización, la reforma agraria y el control del Estado. A través de la postulación de este proyecto, JGD cree entregar “una contribución lúcida de los intelectuales”, “tal vez sin fortuna”—dejo elocuente de cierto pesimismo ilustrado—, a la urgente transformación del país en medio de coyunturas nacionales e internacionales que exigen del intelectual—como el mismo JGD rescata del ideario de José Ortega y Gasset—“la expresión de nuevas doctrinas positivas” (JGD, 319).

En efecto: luego de esgrimir críticas en contra del modo de acción política en nuestro medio, donde “hacen carrera” el servilismo, la adulación, el arribismo y el protagonismo, JGD esboza la figura de intelectual que es él mismo, pero que vista en la distancia aparece como la imagen del pensador arquetípico de *Mito*, dinamizado por la independencia, la responsabilidad y el compromiso ante la libertad:

Mi caso no tiene en el fondo nada de asombroso: no le debo favores a nadie; no dependo de ningún partido, de ninguna secta; no acepto jefes, ni Index de ninguna clase; no pueden asediarme económicamente, no pueden aniquilarme éticamente, no pueden impedirme que escriba, ni mucho menos que piense; leo lo que quiero, estudio, observo e intento con obstinación comprender ciertos temas culturales, ciertos panoramas políticos y sociales, ciertas pasiones humanas. No soy un inconforme profesional, creo apenas que la fuerza de una posición no proviene del desprecio, ni siquiera del talento o de una adhesión ideológica, sino de la independencia y de la conciencia (JGD, 319).⁵

Ahora bien: no pretendemos hacer aquí una reseña crítica del ensayo de JGD. Lo que cuenta es decir que el texto, presentado en siete capítulos, cada uno de los cuales contiene diversos subcapítulos que suman treinta en total, se postula como una deconstrucción axiológica del estar experimentado por JGD en medio de múltiples factores históricos de toda índole (económicos, sociales, ideológicos y culturales): el Frente Civil, el conservatismo, el liberalismo y el comunismo; la burguesía y el proletariado; el

5 El texto fue publicado originalmente en el semanario *La Calle*.

clero y el ejército; la tragedia de la violencia y el estado de la cultura en Colombia; los intelectuales y la prensa, entre otros momentos vistos desde una perspectiva crítica, que gracias a su fe en el gobernante de turno y a despecho igualmente del pacto de dos partidos “ineptos” y “vacíos”, hace que en JGD hable cierta esperanza:

La presidencia de Lleras obedece a un fenómeno más profundo y trascendental que esta alianza necesariamente transitoria: una revolución invisible está en trance de transformar radicalmente a Colombia y creará en un futuro, que yo creo próximo, formas políticas acordes con su propia dinámica, fueren cuales fueren los compromisos o los sentimientos o las concepciones constitucionales del primer magistrado (JGD, 323).

El énfasis en la subjetividad, tan caro al ensayo, aparece en *La revolución invisible* no sólo a través de juicios como éste sino en expresiones como “Yo no soy anticatólico, como no soy anticomunista” —cuando JGD habla del “clericalismo energúmeno” que se opone al liberalismo de Lleras—y “tengo la pasión de comprender a los hombres”, así como en la defensa de la libertad: “Para mí la libertad, aun en sus formas más extremas, no es una farsa o un recurso demagógico, sino una necesidad humana que hay que defender cotidianamente” (JGD, 325).

Gracias a la voluntad de estilo en JGD, cuyo tono es enfático, demoleedor, cínico a ratos y apasionado en otros, el ensayo parece hablarnos acerca de nuestro presente desde un pasado que en nada se aleja a la realidad actual. Para sentirlo así basta con la revisión de algunos juicios claves en el libro, el primero de ellos acerca de una salida modernizadora para el país, factor sobre el cual el autor dice que:

Para lograr la soberanía y disfrutar de sus riquezas Colombia deberá ineluctablemente crear una industria pesada, deberá hacer la reforma agraria para abrir vastos mercados internos y en consecuencia deberá educar en breve tiempo los técnicos, los investigadores, los especialistas, los sabios, los intelectuales que habrán de ejecutar estas dos faenas formidables (JGD, 330).

En cuanto al ejército, que es una de las instituciones más cuestionadas en el texto, JGD propone la creación de un nuevo cuerpo armado que esté lejos de factores anti-populares y anti-democráticos, que nazca de la revisión de pactos militares y del modo como se compran las armas, y que esté

contextualizado en relación con el país. En seguida, el autor expresa algo que habla incluso de un ejército que si bien era el de antes, muy bien puede ser el de ahora: “El actual ejército colombiano no pudo vencer a las guerrillas, no logró gobernar, no consiguió administrar, fue derribado el 10 de mayo de 1957 del poder por un paro civil, dirigido por industriales y banqueros” (JGD, 337), los mismos que hoy veneran al ejército porque bien saben que éste nunca accederá al poder ni mucho menos logrará la eliminación de la guerrilla, otro de los factores de peso para el negocio de la guerra en el país.

En otro de los frentes de su revisión histórico-política, JGD fija en 1947 el estallido de la violencia, fenómeno que él analiza en sus causas políticas, económicas, sociológicas y psicológicas. Al respecto es categórico, pues en su criterio la violencia nace por el fracaso de los “métodos culturales e ideológicos” con base en los cuales se ha organizado la educación —ya sea religiosa o laica— en Colombia. Sin embargo, el problema de la violencia y su eventual erradicación pasa más por la mentalidad de nuestro pueblo que por la misma institución educativa. Dichas causas indican que:

la solución para la barbarie no es poner una escuela en cada uno de nuestros ochocientos municipios, sino una transformación radical de nuestra mentalidad y de las concepciones que han regido su desenvolvimiento, indican que el *hombre colombiano está reprimido, insatisfecho, angustiado, que no tiene posibilidades normales de amor, cultura, prosperidad y poder y en consecuencia no consigue impedir que en él se desarrollen imperialmente, al menor estímulo exterior, las tendencias destructoras* (JGD, 339, cursivas del autor).

Luego afirma que el hombre colombiano es “una pasión inútil” y culmina su análisis con una pregunta que es también una cuestión que nos atañe actualmente: “¿Acaso Colombia es hoy una contradicción irresoluble?” (JGD, 340).

JGD, decíamos anteriormente, parece hablar desde la tribuna de un pesimismo ilustrado que sin embargo tiene una base firme y contundente: para él las soluciones a los dramas colombianos no son coyunturales ni politiqueras sino que deben estar motivadas por aquel ‘proyecto total’,

centrado en la doctrina del desarrollo económico, en un riguroso *sistema de prioridades* que tienda decisiva e implacablemente al *aumento de la producción*, por medio de la industrialización básica, que nos

permitirá substituir importaciones, y de la reforma agraria, que permitirá disminuir el retraso del campo en relación con la ciudad (JGD, 357, cursivas del autor).

De este modo *La revolución invisible* es un ensayo total. La conciencia de su autor opera como un faro que ilumina minuciosamente cada uno de los caminos por donde ha transitado el país, así como postula algunas salidas a la encrucijada de nuestra historia. El secreto reside, en última instancia, en la superación del dogmatismo, del sectarismo, del sistema de prejuicios y de todo aquello que desde el fondo de nuestra “edad media ladina” ata a la nación al yugo de un pasado oscuro, visceral, y al mismo tiempo a un momento actual que exige lucidez y razón. Así, en el capítulo VI del ensayo, cuando evalúa el papel del comunismo en Colombia, describe la situación paradójica de ese presente:

vivimos aún en el siglo XX, entre fósiles que apenas en los últimos veinte o treinta años hemos comenzado a criticar y destruir, y simultáneamente recibimos del exterior, en el instante en que se inicia la *edad planetaria*, marcada por tiempo y espacio unitarios, la relampagueante influencia del más avanzado capitalismo, transformado por la ciencia y la técnica en algo diferente de la formación socio-económica que los clásicos del marxismo estudiaron hasta más o menos hace medio siglo (JGD, 365).

A estas alturas del ensayo, el intelectual libertario que es JGD ha detallado las vicisitudes de la patria; al tiempo que ha dado cuenta de informaciones macro-económicas y de aspectos ligados a la política, también encuentra que su tentativa ensayística como “intelectual burgués” se da en un momento coyuntural, dentro del cual hace un llamado a otros intelectuales burgueses para que operen dentro de esa transformación basada en el capital económico y el capital cultural, y establezcan una ‘alianza de conciencias’ (JGD, 380) que asuma como discursos de acción la cátedra, el parlamento, el periódico, el sindicato, el libro y la agitación popular.

JGD concluye su ensayo con un rasgo propio de la conciencia intelectual moderna; es decir, la afirmación en el consenso: “Estas reflexiones son una nueva invitación al diálogo. También, el nacimiento de una pasión colombiana” (JGD, 3). La determinación es valiente, sobre todo si está dicha en el espacio del ensayo, que a razón de Jaime Alberto Vélez encontró en Colombia cuatro obstáculos fundamentales para su desarrollo: el

absolutismo de las ideas sociales, políticas y estéticas; el dogmatismo; la pedantería sustentada en la falsa retórica y el falso saber; y la extrema ocupación en ámbitos locales (Vélez, 2000, 59).

Pero con *La revolución invisible* JGD supera estos condicionamientos. En este sentido no estamos de acuerdo con Miguel Ángel Urrego, quien despacha la dimensión del ensayo en cuatro líneas donde demerita el trabajo temático y estilístico del texto (Urrego, 2002, 132). Por el contrario, en la recepción de la obra observamos cómo JGD propone la variación de la figura del intelectual colombiano ante el contexto difícil del país. Así lo ve Jiménez Panesso:

Si Gaitán Durán, un hombre de letras cuya pasión era la poesía, emprende una faena intelectual como *La revolución invisible*, ambiciosa interpretación de la crisis y el desarrollo de Colombia a mediados del siglo XX en la que el tratamiento racional y analítico de las cuestiones políticas se efectúa en estricta dependencia de las cuestiones económicas y en donde la cultura no se percibe como un reino aislado y abstracto, ello se debe a que en su autor se anuncia un nuevo tipo de literato moderno: aquél para quien la experiencia literaria no es ajena a la experiencia de la actualidad viva y concreta. Esto implica que para Gaitán Durán la reforma agraria y la literatura de Borges son intereses que comprometen por igual su actividad de comprensión (Jiménez Panesso, 1992, 197).⁶

Dentro de la tradición del ensayo en Colombia, y luego de los esfuerzos de personalidades como Sanín Cano, Arciniégas y Jorge Zalamea, así como de las empresas editoriales de la *Revista de las Indias*, del semanario *La Calle* y de *Mito* —con todos sus impulsores—, JGD transita de la fracasada revolución liberal de los años 30 y 40 a la futura revolución invisible, tarea que atravesó el compromiso ético y estético del autor. En consecuencia, según declara Armando Romero, la labor de JGD “muestra un punto culminante en la búsqueda de la poesía colombiana: integración entre su realidad y la realidad que la circunda, no importando el color de las ideologías o los partidos políticos, sino en la medida en que se funda como una verdad” (Romero, 1985, 135).

6 En esto coincide con Romero, para quien JGD representó el cambio de la postura del poeta e intelectual frente a la situación social, económica y política del país. Ver, Armando Romero, 1985, 135.

Para concluir es imperativo decir que el ensayo de JGD es una radiografía de una porción de la realidad colombiana; realidad que el texto ilumina y proyecta incluso metafóricamente en el campo cultural de nuestro tiempo, ya que su mensaje perdura más allá de su contexto de escritura, quizá porque el compromiso de su autor no fue partidista sino ético, y porque su amiga no fue ni la burocracia ni la política sino la libertad. Creemos que es aquí donde reside su innegable actualidad.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Carranza, María Mercedes. “La lucidez del intelectual”, en: Hernando Valencia Goelkel et al. *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1990, 143-153.
- Cobo Borda, Juan Gustavo y Jorge Eliécer Ruiz. *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá: Colcultura, 1976.
- Gaitán Durán, Jorge. *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia*, en: *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975, 315-380.
- Gómez-Martínez, José Luis. “La codificación del texto y el autor implícito”, en: *Teoría del ensayo*. México: UNAM, 1992, 33-36.
- Jiménez Panesso, David. *Historia de la Crítica Literaria en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Instituto Colombiano de Cultura, 1992.
- Romero, Armando. *Las palabras están en situación. Un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960*. Bogotá: Procultura, 1985.
- Skirius, John (Comp). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México: FCE, 1994.
- Tirado Mejía, Álvaro. “El MRL y la cultura”, en: *Revista Credencial*. Historia, No. 3, marzo, 1990, 11.
- Torres Duque, Óscar. *El mausoleo iluminado: antología del ensayo en Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 1998.
- Urrego, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central-Siglo del Hombre, 2002.
- Valencia Goelkel et al., Hernando. *Textos sobre Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1990.
- Vélez, Jaime Alberto. *El ensayo: entre la aventura y el orden*. Bogotá: Taurus, 2000.